

dre y al que tenía en gran estima. El estado de excitación y la fatiga, habían puesto sus nervios en una contracción violenta y esta crisis se resolvió en copioso llanto.

—A ella le debo todo esto,—murmuró entre dientes;—ya me lo pagará todo junto.

Y bajo el influjo de esta noble resolución, Paulina se quedó dormida.

### III

Miguel Averief entró en su casa bajo la impresión de la más franca alegría.

Durante las dos horas que estuvo bailando con Marta, en conversación interrumpida á cada momento por los caprichos de la mazurza, se iba renovando como por encanto. Marta había adivinado sus entrecortados pensamientos y los había concluido de dar forma y una atracción simpática y muda entrelazó sus manos bajo una especie de inteligencia involuntaria.

Miguel no le dijo ni una palabra de amor y Marta ni se sonrojó ni se emocionó al escuchar sus frases, pero estaba segura de que era amada. Miguel soñó las cosas más extravagantes. Vagando por el espacio infinito, iba con Marte sentado en el creciente de la luna, arrastrados por nubecillas blancas cuyos celajes perdíanse en el azul inmenso...

Se despertó tarde; un hermoso sol de Abril lanzaba sus rayos á través de los cortinajes de la ventana de su habitación; levantóse, almorzó de prisa y salió á la calle, á pie, con objeto de poner

orden en sus ideas antes de dirigirse á casa del señor Milaguine para pedirle la mano de su hija.

Le entretuvieron tan agradablemente sus pensamientos que dió por dos veces la vuelta á la Serguievkaia antes de decidirse á entrar en casa de Marta; pero el tiempo transcurría, Marta iba á salir para dar su habitual paseo, y ante esta idea, cambió el paso y emprendió rápidamente el camino.

Un carruaje parado en la puerta de la casa le hizo caer en su anterior perplejidad. La irrequieta elegancia del equipo, el magnífico tronco de caballos y el tipo del cochero, único en San Petersburgo por su enorme corpulencia y por su gran barba que le llegaba hasta la cintura, proclamaban el nombre del rey de la juventud elegante, el príncipe Alejandro Oghérof.

Dos soberbios lebreles de pelo largo y gran tamaño, blancos como la nieve, aparecían tendidos sobre los asientos del coche. Parecía que estaban acostumbrados á ocupar este sitio en ausencia de su amo. Sus adormecidos ojos apenas seguían el movimiento de los transeúntes.

—Esperaré á que ese loco haya salido—dijo Miguel experimentando una contrariedad. Y volvió á su interrumpido paseo.

Evidentemente, de todos sus compañeros de regimiento, Alejandro Oghérof habría sido el último á quien Miguel hubiera tomado por confidente en estas circunstancias y no es que tuviera nada que decir de particular contra este brillante oficial, pero, como manifestaba la señora Averief, le faltaba seriedad. El primero siempre en las locuras del elemento joven de su regimiento, estudiando siempre cosas nuevas para variar la monotonía de sus diversiones y de sus deberes sociales, parecía, en sus originalidades, haber agotado hasta lo imprevisto. En muchas ocasio-

nes debió haber sido castigado por infracciones á la disciplina, pero acompañaba á sus locuras un buen humor tan comunicativo y una gracia tan singular, que los más severos perdían su fuerza moral, y la franqueza de sus contestaciones provocaba la risa, expirando el reproche. Era un niño, aunque un niño de 28 años y de muy buen fondo, á su generosidad proverbial debía el apodo de «la mano abierta», pero le faltaba seriedad.

En el momento en que ya empezaba Miguel á impacientarse, notó, por el ruido que hicieron los caballos, que el príncipe salía de casa del señor Milaguine. Quiso deshacer lo andado para no encontrarse con Oghérof, pero como había llegado casi hasta la puerta, el príncipe lo vió y lo llamó en alta voz.

—¡Averíef, ven, escuchal!

Miguel, maldiciendo al importuno, se acercó á él, pero tomando un aspecto lo suficientemente serio para cortar toda conversación ociosa.

—¡Qué cara!—dijo Oghérof lanzando una carcajada—has llegado tarde, querido, pues la Cuaresma ya ha pasado. ¿Vas á casa del señor Milaguine?

—Sí.

—¡No vayas! No sabes á lo que te expones; está de un humor feroz. Te contará su historia. Vente conmigo que yo te la explicaré tan bien como él y será más divertida.

—Tengo que hablarle de negocios.

—Mal momento escoges—dijo Oghérof haciendo una mueca significativa—está furioso con su sobrina Sofía, que se ha olvidado de pedirle su autorización para casarse.

—¿Para casarse?

—Sí, ven, siéntate aquí á mi lado...

—No hay sitio—contestó Miguel haciéndose el reacio y mirando á los perros.

—Esta pareja te cederá el sitio—dijo el príncipe

que en un gesto los hizo descender del carruaje. —Daremos un paseo y te contaré lo sucedido. Tengo necesidad de pasar á otro una historia que he estado escuchando durante una hora.

—Si tan de mal humor está—se dijo Miguel—el momento, en verdad, no es oportuno.—Y ocupó el asiento al lado de Oghérof.

—A la Perspectiva, por el muelle de la Corte—dijo el príncipe al cochero.

Arranca el carruajé, se adelantan los perros, los caballos empiezan á trotar y el lujoso tren escoltado por los lebreles que galopan con un ondulado movimiento, suena por en medio de la calle desierta, cruzada únicamente por los carruajes aristócratas á las horas que la moda impone.

—Pues bien—dijo Oghérof—mira lo que ha sucedido. Sofía Cherikof, que es, como sabes, la hija de la hermana del señor Milaguine, se ha enamorado pèrdidamente de Constantino Liakhine.

—¿De ese fatuo?—interrumpió Miguel.

—Sofía sostiene que su misma timidez le hace aparécer fatuo, pero que ella se encarga de corregirlo—afirmacioues ambas que me parecen inverosímiles—pero lo más notable del caso es que estos enamorados se han prometido ellos mismos sin antes consultarlo con los padres. Se han jurado mútua fidelidad, como dice Paul de Kock, y después han dado á conocer á la familia sus loables propósitos. La señora Liakine, que es sorda como una tapia, ha encontrado como la cosa más natural del mundo que su único hijo, á quien adora, no le haya pedido su consejo. Los padres de Sofía, que son de buena pasta, han derramado una lágrima y han bendecido á sus hijos. Pero cuando el señor Milaguine se enteró del modo como se había arreglado este casamiento, le entró una rabia...

—¡El que es tan amable!—dijo Miguel sorprendido.

—¡Una fiera, querido! Ha dicho que de este modo se pervierten las costumbres; que ante todo es necesario contar con el consentimiento de los padres, que es lo menos á que tienen derecho; ha augurado á Sofía que sus hijos, los que nazcan de este futuro casamiento, le faltarán el respeto; que este matrimonio se había concertado á espaldas de toda conveniencia social; en fin, que él no daba su consentimiento.—Pero querido tío, si no os lo pido—dijo Sofía imprudentemente.

—¡Adiós—dijo Miguel.

—Puedes imaginarte lo que pasaría. La mamá, tonta de capirote, dijo que no la recibiría más en su casa, y en su furor añadió, que si una hija suya procediera de igual suerte, la maldeciría para *in eternum*.

—¡Diablo!—dijo Averief, y en su fuero interno bendijo al importuno príncipe que le había impedido presentarse ante el padre de Marta, sin el previo consentimiento del suyo.

—¿Y qué dice á todo esto Sofía Chéríkof?

—Se rie como una bendita, de lo que ella llama rareza, y tan es así que asegura hará bailar una gavota á su tío el día de la boda. Y es capaz, ¡vaya si es capaz!

—Todo se arreglará, no cabe duda—dijo Miguel preocupado:—pero ¿qué habrá pensado Milaguine, tan fiel guardador de la etiqueta?

—Una fiera rabiosa, ya te lo he dicho. Pero mira, ¿qué te parece el trote de estos caballos? Valen lo que he pagado por ellos y no lo siento.

—¿Cuánto te han costado?

—Tres mil quinientos rublos, pero los valen. ¡Mira que arrogantes!

—Sí, muy bonitos; pero no sé por qué vas y vienes siempre por este mismo sitio. Concluirás por gastar el pavimento de esta pobre Perspectiva.

¿No podías variar de sitio, irte por otros paseos?

—Ni soñarlo, mi amigo. Tú ignoras que en esta época del año, á esta hora, mis caballos se deshonrarían si estuvieran lejos de aquí.

—Tú mismo. Pero yo tengo bastante de tu Perspectiva. Por otra parte tus perros, que no tienen la costumbre de andar, están cansados. Hazme el favor de dejarme bajar en donde te plazca.

—Conque me dejas ¿eh?

—¿Dónde vas?

—Daré una vuelta por la Morskaïa y luego iré á casa de Flora. ¿Quieres venir conmigo á casa de Flora?

—¿A dónde, á casa de tu actriz, con nombre de perra y figura de gata? Muchas gracias, pero tengo que escribir.

—Como quieras, querido.

Paró el carruaje, se apeó Miguel y estrechó la mano del príncipe. A un signo de Oghérof, los perros volvieron á ocupar su primitivo sitio. Miguel quedóse un momento parado mirando alejarse los caballos magníficos, las blancas cabezas de los perros, la silueta elegante y perezosa del joven oficial envuelto en la capa de ordenanza....

—Es posible, pensó Miguel, que un hombre inteligente pueda vivir así, entre perros, caballos y actrices, sin desear otra cosa mejor. Si eso es lo que constituye su felicidad, allá él!

Y melancólicamente, tomó el camino de su casa.

## IV

Media hora hacía que estaba Miguel sentado ante su mesa de escritorio y no podía coordinar las ideas.

Porque, ¿cómo expresar en una hoja de papel, las gracias, los méritos de Marta, la historia de su amor, el lado práctico de este matrimonio, ó sea la posición social de los Milaguine y su fortuna, cosas estas últimas que aunque, indiferentes para él, debía conocer su padre?

Nada parece más fácil y hacedero que escribir á un padre pidiéndole el consentimiento para un casamiento en que todo favorece; pero otra cosa es escribir en realidad, matizando la carta con esas sutilezas ingenuas que inclinan el ánimo del autor de vuestros días.

El general Nicolás Averief se encontraba ausente de San Petersburgo, desde hacía más de diez años por las necesidades del servicio.

Cada año ó año y medio venía á la capital para ver á sus hijos.—Miguel tenía un hermano, que á la sazón y por encontrarse enfermo, estaba en el extranjero—y á los pocos días volvía á marchar sin cuidarse de otra cosa que de asistir á los teatros y á las comidas de sus íntimos.

—Cuando se viene de provincias por quince ó veinte días,—decía el general—no es ciertamente para calentarse los pies en las estufas de su casa.

Miguel tenía, pues, que contárselo todo, y lo más difícil para él era levantar el misterioso velo que hasta entonces había ocultado á todo el mundo, su amor á Marta, pronunciando un nombre sagrado y haciendo á otro partícipe, aunque este otro fuera su padre, en la confidencia de estos amores.

Como no tenía más remedio que pasar por ello, se decidió á coger la pluma empezó á escribir:

«Querido y respetable padre...

Pero al llegar aquí, deja la pluma, se arrellana en el sillón y considerando la cosa hecha, se abandona á las más dulces ilusiones.

En medio de sus proyectos, el recuerdo vago de una época lejana, le produjo una sombra de melancolía. Acordóse de diez años antes, su hermano mayor, que entonces tenía veintiún años, había querido casarse y que, como él, escribió á su padre una carta redactada probablemente en los mismos términos que él pensaba emplear en la suya.

Recordaba las impacencias de su hermano en recibir la contestación, la alegría experimentada al tener el consentimiento y el terrible disgusto que sucedió á este entusiasmo, cuando la novia, por un capricho inexplicable, rompió las relaciones al cabo de ocho días, declarando que prefería morir antes que casarse con Pablo Averief.

¿Qué había pasado? Pablo desconoció siempre la causa; su novia no quiso nunca dar explicaciones; la familia tuvo que ceder ante la invencible resolución de la joven, y Pablo, por consiguiente, abandonó su proyecto. Durante mucho tiempo, Miguel que veía á su hermano profundamente abatido, no quiso hablarle de este desgraciado asunto; pero poco á poco se fué restableciendo la tranquilidad; Pablo volvió á sus habituales ocupaciones; modificó sus gustos, inclinándose á una vida tranquila y jamás volvió á pensar en casarse.

Miguel recordaba perfectamente todo esto y sentía que su hermano estuviera ausente. A su discreción, á su amistad fraternal hubiera confiado los secretos de su alma y pensó en escribirle.

—No, se dijo, no le escribiré por ahora. Le pondré cuatro líneas en ocasión oportuna, y

cuando nos vayamos al extranjero á hacer el viaje de novios pasaremos un mes en Menton al lado de Pablo.

Haciendo estas reflexiones dieron las doce. Recordó que á primera hora de la mañana siguiente había que hacer ejercicios en su regimiento, y guardando cuidadosamente en su pupitre la hoja de papel en donde había empezado á escribir: «Querido y respetado padre», se fué á acostar, encantado de las horas pasadas.

Al día siguiente recibió dos cartas. La primera era de su hermano.

—Estoy mejor, le decía éste; las neuralgias han desaparecido casi, y este verano iré á Biarritz á tomar los baños de mar; pero el médico me ha prohibido terminantemente regresar á Rusia, hasta que esté bien entrado el invierno; la humedad del otoño me haría recaer en las pasadas dolencias. Estaremos separados aún durante siete ú ocho meses, pero espero, querido Miguel, que me harás más verdadera la ausencia escribiéndome frecuentemente.

Miguel se sonrió pensando que su separación no sería tan larga.

—¡Como querrá á Marta!—decía mientras rompía el sobre de la otra carta.

Esta era de su padre. Le habían trasladado y tenía que estar en San Petersburgo para el 15 de Junio; celebraba mucho poder disfrutar para entonces de una licencia más larga que la anterior, puesto que ello le permitiría dedicar el tiempo á sus hijos, compensando todo lo que el verano pudiera sustraerle de diversiones mundanas.

Esta carta preocupó á Miguel. Estaba á mediados de Abril y no faltaban más que dos meses para el regreso de su padre; durante este tiempo el general encargado de una visita de inspección, tendría que estar constantemente cambiando de albergue y de lugar. ¿Era conveniente someter á

su aprobación su proyecto de casamiento, en el momento en que, cansado, fatigado de sus visitas volvería el general á hacer una inspección fastidiosa? ¿Tendría la serenidad de espíritu necesaria para apreciar debidamente los méritos de la señora Milaguine?

Se figuraba Miguel que la imagen de Marta había de confundirla su padre, en una amalgama heterogénea, con las amonestaciones á los furrieles, los sermones á los coperos de regimiento y las riñas provocadas por la calidad de la sopa servida á los soldados.

Miguel se decidió á esperar. Animado por otra parte de ese dulce sentimiento que inclina á no rasgar el velo que cubre los encantos de un amor secreto, se alegró en el fondo de su alma, de tener un pretexto para no dar sus nombres á la maledicencia pública.

Pero así como estuvo firmemente resuelto á no decir nada al señor Milaguine, entendió que esta reserva no podía tenerla con Marta.

—¡Qué felicidad!—decía—he de hacerla adivinar que la adoro y que me mire frente á frente, sin turbaciones, cuando yo le exprese con los ojos la intensidad de mi cariño.

Y ante la idea sugestiva de que la mirada á Marta leía en el fondo de su corazón la pasión que ella había hecho germinar, sintió que una especie de delicioso éxtasis invadía su ser.

Desde la muerte de su esposa, el señor Milaguine pasaba los veranos en los alrededores de la ciudad, en un precioso hotel alquilado por dos años en Kamennoi Ostrov, y otro detalle favorecía singularmente los proyectos de Miguel.

Obligado por sus deberes militares á permanecer en San Petersburgo, podría, sin embargo, tener libres los domingos y algún día entre semana, que dedicaría á sus amores: todas las tardes iría á pasear por las Islas; pasaría, como por ca-

sualidad, por el hotel Milaguine y no se mostraría reacio á la invitación del clásico té; si el padre tenía alguna cosa que hacer ó estaba cansado, encontraría seguramente á su adorada, de paseo ó en el jardín, pero de ningún modo dejaría ni un día de ver á su Marta.

Absorto en estas ideas, dirigióse á hacer una visita al señor Milaguine, con objeto de anudar más sus buenas relaciones. Temiendo que, á pesar de sus esfuerzos, se reflejara en la cara el secreto de sus intenciones, procuró adoptar un aire indiferente, pero hay cosas que no pueden disimularse.

Bajo esta apariencia, cómicamente seria, iba por la Serguieskaia, cuando vió que se dirigía hacia él Sofía Cherikof, la víctima, ó causante, si se quiere, de la cólera del pacífico señor Milaguine.

El semblante de Sofía expresaba franqueza, confianza, alegría de vivir y de ser amada, resolución de gozar durante mucho tiempo de estas felicidades y, sobre todo, un buen humor inalterable que constituía en ella uno de sus más preciados encantos.

En seguida que apercibió á Miguel le tendió la mano.

—Mire usted, ya soy una mujer hecha y derecha. Ya voy sola. Mamá me ha permitido salir sin criada.

—Os felicito, Sofía. ¿De modo que se casa usted?

—Sí, ¿y usted?

Miguel se sonrojó, turbóse un poco y dijo que no con ardor, con viveza, mientras que Sofía le miraba atentamente.

—Pues tiene usted el aire de ello—le contestó señalándole graciosamente con un dedo—aunque pueda equivocarme. Adiós; si mamá se entera de que hablo en la calle con algún

joven, no me dejará salir más que con dos criadas.

Y se alejó rápidamente mientras Miguel la seguía con la vista.

—¡Qué cambios produce la felicidad!— se dijo. Ayer era una señorita como tantas otras; hoy tiene aplomo, confianza en sí misma; una misión que cumplir en la vida!

Y elevando en su interior un himno al matrimonio subió la escalera de Milaguine. Lo anunció, fué recibido, y entró en un saloncito en el cual estaba Marta en compañía de Paulina Hopper haciendo labores.

—En seguida vendrá mi papá—dijo Marta;— está ocupado en el despacho. Siéntese.

A los acentos de esta voz tan plácida, Miguel salió de su ensimismamiento. La presencia de Paulina, por otra parte, contribuyó á disipar su abstracción. Ella fué la que quiso recibir al joven; Marta pensó mandarle decir que su padre estaba muy ocupado; pero Paulina se adelantó á sus propósitos en la idea de contrarrestar la mala impresión que produjo su amoroso arranque en el baile infantil de la noche anterior. Su trabajo fué inútil. Miguel no recordaba tan siquiera el incidente y Paulina que no dudó de este olvido y mucho menos de la trascendencia que para ella representaba, tuvo que añadir una espina más á la corona de sus contrariedades.

Se habló de todo un poco; del baile de la señora Averief, del buen tiempo, de los perros del Príncipe Oghérof, del casamiento próximo de Sofía Cherikof.

—Acabo de verla—dijo Miguel.

—Salía de casa—respondió Marta.—Papá no quiere verla, pero ella dice que eso no es motivo para que deje de visitarme, y ha pasado un buen rato conmigo.

—¿Y qué dice el señor Milaguine?

—No sabe nada—dijo Paulina bajando la voz.  
—Pero se lo diré yo—respondió tranquilamente Marta. Es necesario que lo sepa. Además, su resentimiento no durará mucho; quiere á Sofía y no ignora que para ella es el más preferido de todos sus tíos.

—Entonces—se aventuró á decir Miguel sin atreverse á mirar á Marta—porque se ha irritado tanto por una pequeña infracción á las costumbres sociales que...

—Que no le afecta directamente—concluyó por decir Marta, sonriendo y mirando á Miguel. Bajó en seguida la cabeza para huir de la abrasadora mirada del joven que le cortó la palabra, y haciendo un gran esfuerzo para restablecer la calma en su espíritu, continuó diciendo en voz más baja:

—Es que mi padre es un partidario devoto de las costumbres añejas; algunas veces, por excepción, me dice que le hable de tú, sobreponiendo su cariño á la idea de que tal franqueza constituye una infracción á la ley del respeto entre padres é hijos.

—¿Y por qué?—preguntó Miguel por decir algo.

—No sé; mi hermana le habla de usted; pues desde la muerte de mi madre quiere que yo le tutee porque dice que le parezco á ella... que tengo su voz...

Marta sonrojóse y enmudeció. Paulina miraba á los interlocutores con aire sarcástico.

—¡Eso es pretensión de enamorado!—dijo la institutriz, viendo que había quedado cortada la conversación.

—Hoy no hace más que cometer desatinos—le dijo secamente Marta en alemán; falta usted al respeto á mi padre, después de inclinarme á que no le sea franca...

El golpe fué rudo. Paulina se levantó, metió sus labores en una cestita que tenía delante y salió.

Miguel fué á hacer lo propio, pero un imperceptible movimiento de Marta le detuvo. No fué una mirada, ni un signo, ni mucho menos una indicación, pero el caso es que volvió á sentarse.

—¿Y Anastasia está bien?—dijo Miguel para salir de aquella situación tan embarazosa.

Marta respiró. Creyó otra cosa. Habló de su hermana con una precipitación algo febril, la conversación se fué animando, y Paulina, que estaba escuchando tras los cortinajes no pudo contener su cólera, golpeando el suelo con los pies. Cuando diez minutos después, entraba el señor Milaguine, se encontró con que Miguel y Marta estaban corrigiendo las faltas de un manuscrito que Marta dejó olvidado entre los abums del salón.

—Esta chiquilla no sabrá nunca ortografía—dijo el señor Milaguine lanzando un suspiro.

—Buenos días, Averief, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Llevo unos días de muy mal humor, de muy mal humor. ¡Todo se pierdel!—¿Se queda usted á comer con nosotros?

—Miguel rehusó en contra de sus deseos, pero tenía que ir al regimiento.

—Papá, dijo de repente Marta.—Sofía ha estado aquí esta mañana.

—¡Cómol ¡en mi casa!—respondió el señor Milaguine enderezándose.

—Sí, papá.

—¿Y tú la has recibido?

—Sí, papá.

—¿Y no has tenido en cuenta mi prohibición? ¿Qué te ha dicho?—añadió el señor Milaguine sentándose pesadamente en un sillón.

—Pues me ha dicho que os quiere con todo su

corazón; que le falta vuestra bendición, que os espera en la comida de despedida de soltera que se celebrará pasado mañana y por último que jamás se perdonará el haberos dado un disgusto.

—Eso demuestra que comprende sus errores.

—Ya veremos; no aseguró ni afirmó nada, pero ya veremos.

—Papá, dime que la perdonas y la enviaré á buscar en seguida.

—¡Cómo, tan pronto!... No, no.

—¡Te lo suplico—dijo Marta, acercando su cara á los labios del padre.

Este la miró un instante enternecido y después, cogiéndole la cabeza entre sus manos la cubrió de besos.

—Sea, dijo,—mientras que Marta apretaba el botón de un timbre eléctrico.—La perdono porque tú me lo pides y porque es ella quien ha cometido la falta; pero ten en cuenta que si tú me hicieras alguna vez una cosa semejante no te perdonaría nunca.

Marta volvió á tocar el timbre. Miguel palideció; esta alusión al casamiento posible de Marta le pareció de mal agüero, y no hacía más que mirar al padre y á la hija. Sus semblantes no expresaban nada de particular—únicamente Marta se sonrojó un poco.

—No hemos llegado á eso—contestó ella doblando un papelito en el que había escrito cuatro líneas con lápiz. Lleve usted esto á la señorita Sofía Adamovna—dijo al criado que acababa de presentarse.

Si el señor Milaguine no bailó una gavota durante la boda de su sobrina, fué únicamente porque Sofía no intentó la propuesta.

## V

Los días transcurrían y el tiempo era espléndido; los grandes hielos del lago Ladoga, fraccionados en grandes masas, iban derivando hacia el Báltico; de San Petersburgo emigraban las familias pudientes buscando en el campo ó en las playas el fresco que en la ciudad faltaba; Miguel esperaba á su padre dentro de un mes y el señor Milaguine, que tenía resuelto marcharse de un día á otro, viendo despoblarse el círculo de sus relaciones, acudió al trato de los jóvenes que obligados por sus deberes tenían que permanecer en San Petersburgo.

Marta y Miguel habían llegado á una especie de inteligencia tácita; los que eran testigos de sus conversaciones no notaban entre ellos signo alguno de amorosa intimidad; todos los jóvenes que frecuentaban la casa de Marta eran acogidos con idéntica atención familiar; pero cuando Miguel se aproximaba á Marta, siempre encontraba á su lado una silla desocupada, y cuando las visitas marchaban, siempre era Miguel el último en despedirse y el último en apretar la mano de su adorada.

Una noche que entró Averief en un saloncito apenas alumbrado y lleno de maletas y ropa blanca, vió á Marta que se dirigía á él. El comedor, que estaba inmediato, aparecía inundado de luz y de animación; el saloncito, en cambio, desierto y oscuro, diríase poblado de fantasmas blancas. La misma Marta, con un traje gris pálido, parecía una sombra flotante. Cuando reconoció á Miguel se acercó con más confianza.

—Mañana nos vamos—dijo—Pasado mañana es